

UNA CIUDAD DE AMBIENTE

GERMAN DEHESA

Muy buenos días; me da un enorme gusto saludarlos y encuentro digno de todo encomio y celebración que este espacio y este organismo salgan al encuentro de la gente, la escuchen y hagan suyas esas preocupaciones que la voz de la sociedad manifiesta de manera cada vez más clara y más enérgica. Más allá de historiales académicos o de tareas profesionales, me gustaría compartir con ustedes esa extrañeza que me asalta cada vez con más frecuencia y me hace preguntarme: ¿qué hago yo aquí? Me ocurrió el día de mi boda, me volvió a ocurrir hace unos meses cuando fui invitado a disertar sobre el futuro de la industria textil en México y me está ocurriendo aquí al verme rodeado de muchas y muy respetables personas que poseen excelentes calificaciones para las tareas de gobierno, o que son expertos en la problemática del medio ambiente. ¿Qué hago yo aquí? Jamás, ni de lejos, he ejercido tareas de gobierno como no sean las propias de un padre de familia y aún en ese mínimo escenario, mi desempeño ha propendido gravemente a la anarquía y al amotinamiento. Con respecto a la ecología, mi título más notorio es el de ciudadano que respira y que ya ha vivido (y sobrevivido) lo suficiente como para leer la versión mexicana de "La historia de dos ciudades".

Ambas se llaman México Distrito Federal, pero son enormemente distintas. La primera, la que vive en mis recuerdos, era plácida, tenía un cielo intensamente azul, la rodeaba el verdor y la cuidaban sus volcanes. Era la ciudad ideal para mudarse por lo menos dos veces al año y vivir -del centro hacia las colonias- en todos sus rumbos. Una ciudad cuyas calles y parques eran lugar para el encuentro, para el amor, para el juego. Yo fui niño en aquella ciudad; yo todavía pesqué ajolotes en el río de la Piedad que pronto sería viaducto y compré chichicullotes y, de la mano de mi padre, subí y bajé, allá en San Ángel, por la calle de Altavista por la que descendían unos burritos cargados de leña para consumo de Diego Rivera y de algún otro extraviado que hubiera decidido residir en tan apartada región. Yo me enamoré de esa ciudad. Incluso el Palacio de Bellas Artes me parecía maravilloso y se volvió una costumbre de mi alma. Los ricos no eran tan ricos ni vivían tan asustados detrás de sus inmensas bardas y los pobres tampoco eran tan pobres y en las vecindades, me consta, la vida era posible, era divertida, era generosa. Fue una infancia privilegiada; llena de libros hermosos y el más bello de todos: Mi ciudad, el olor de aquella carpintería que ocupaba mis tardes; la ceremonia de comprar el pan dulce; el indecible honor de ser admitido en una palomilla; la emoción de tener un tío que era tan rico que ya se había comprado un coche; tomar un camión Insurgentes-Bellas Artes que, en media hora, te llevaba de la colonia Nápoles a La Alameda; el día de campo en el Desierto de los Leones y el privilegio de comprar un tronco que valía 12 reales; acompañar a mi madre a La Merced y comprar media gruesa de sacramentales naranjas. Quizá sólo por esto se justifica mi presencia aquí. Yo no me he mudado, pero la ciudad que me enamoraba ya no la veo.

"Volveré a la ciudad que yo más quiero, pero ya seré en mi ciudad un extranjero".

Son versos de Luís G. Urbina que ahora punzan mi memoria cada vez que veo el horror de lo gris que nos va ganando; cuando huelo la fetidez de una ciudad que alguna vez fue lugar de flores; cuando miro y padezco las aglomeraciones, la fealdad, la ridícula y novedosa arquitectura, la pérdida de la urbanidad y esas calles y esos parques ahora tan despoblados de niños y árboles;

cuando oigo el estrépito, o la historia de un asalto, o el dolor de tantos ancianos y niños cuyo cuerpo les avisa que eso que están respirando no sirve para vivir bien, ni para vivir mucho. Al filo de los 52 años, puedo decir que mi ciudad se me deshizo entre las manos y que lo que miro hoy es apenas un triste fantasma. Frente a esto, sólo hay dos caminos: la pétrea resignación, o la compartida voluntad de restaurar la belleza. Yo ciudadano he decidido optar por lo segundo. Mi desconfianza ante las autoridades es infinita. Regentes han ido y Regentes ha venido y la ciudad -con todo y planes y proyectos y acciones- es cada vez más fea en el más amplio sentido de la palabra. Les va a soñar extraño, pero me parece que todo es en el fondo una cuestión de amor. Si en verdad amáramos a este alto Valle del Anáhuac; si en verdad nos amáramos, no habiéramos permitido tal aniquilación. La peste ya está aquí y hoy sabremos si por fin tenemos gobierno y si por fin nos hemos decidido a ser ciudadanos. Fue con ese ánimo que, en un rincón no muy notorio del periódico Reforma me permití convocar a la gente, a la buena gente, a esa gente que hoy padece la ciudad y su maligno ambiente. Y la palabra ambiente para mí pasa por el ozono y por las partículas suspendidas y por el caótico sistema de transporte público y por nuestros cada vez más graves problemas de suministro de agua; pero incluye también la falta de civilidad, la ausencia de democracia, la inexistencia de la voz ciudadana, la inseguridad y el riesgo permanentes en los que todos vivimos, el horror de pensar que nuestros hijos andan por la calle, la corrupción de la mordida y del "entre" y los vecinos que ni se conocen y los infiernos de la burocracia que se esmera en convertir en una pesadilla el levantamiento de un acta, o una verificación del automóvil, o la solicitud de cualquiera de las infinitas licencias. Si yo estoy hablando aquí, créanme que casi no es a nombre propio, sino a nombre de tantísimos ciudadanos que ya están hartos de ser nadie, que ya no quieren pagar impuestos que no redundan en servicios dignos y efectivos; que ya no quieren oír historias de horror de tal robo, tal secuestro, tal asesinato, tal plan de contingencia, tal corrupción de éste o aquel funcionario. Ya estamos hartos. Ya no queremos planes a 20 años. Estamos dispuestos a colaborar, pero también a exigir. Ya nos urge ser alguien. Vivimos muy mal y reivindicamos nuestro derecho a que todos vivamos bien. Lawrence Durrell en "El Cuarteto de Alejandría" dice que, en un principio, los hombres hacen las ciudades; pero que, pasado cierto tiempo, las ciudades hacen a los hombres. Es verdad.

Nuestra ciudad tiene suficiente edad y suficiente historia. La edificaron los hombres y ahora ella habrá de edificarnos o de aniquilarnos. Si deseamos lo primero, tenemos que hacer un gigantesco esfuerzo común.

En general, la ciudad no ha tenido buen gobierno; pero nosotros distamos mucho de ser buenos ciudadanos. Es hora de cambiar. Me consta que hay miles de ciudadanos que están dispuestos a restaurar el ambiente. No nos gusta vivir en una violenta pocilga. Queremos tener de regreso a ese cielo azul, a nuestros volcanes, a nuestras flores y a nuestros árboles. Es una tarea inmensa. Razón de más para iniciarla ya.

No queremos mentiras piadosas; no queremos atole con el dedo; no queremos ladrones en el gobierno. Más sencillamente queremos que aquella "Grandeza mexicana" que cantó Bernardo de Balbuena y que halló en Salvador Novo su mejor eco, vuelva a ser y a estar entre nosotros. Será imposible si el pueblo no entiende las cargas y los privilegios de la civilidad; si el gobierno no aprende puesto que nunca lo ha sabido- a escuchar a la gente, a tomarla en cuenta, a respetarla, a no declararla inexistente y a tomar en cuenta su sentido común y su voluntad de ayudar. Si ustedes son Representantes ¿qué hacen si no nos representan, si no nos oyen, si no se enteran de que nos asaltan diario y que a diario respiramos una módica dosis de muerte?.

Les pido inteligencia, amor, honestidad, imaginación. Lo pido a nombre de mis recuerdos que son pasados; de las muchas voces que ha escuchado y que son presente y de todos aquellos que son nuestra apuesta para el futuro. Me consta que el ambiente de esta ciudad era magnífico; de ahí su grandeza. Restaurémoslo. Pongámonos a trabajar, a pensar, a imaginar. Una cosa les aseguro: se va a poner de ambiente.